NARRATIVA

Director de la colección: Isaac Juncos Cianca

Copyright © Roberto Tejela Juez, 2011

Copyright © para todos los países en lengua española:
Ediciones Antígona, S. L.
C/ Prim 15, local - 28004 (Madrid)
Tel: 91.119.17.32
657.444.133
info@edicionesantigona.com
www.edicionesantigona.com

Primera edición, 2011

Diseño de cubierta: Fernando Soto *(fsotocd@gmail.com)*
Copyright imagen de cubierta © Coka - Fotolia.com
Editora: Concha López Piña
Impresión y encuadernación: Publidisa, S. A.

ISBN: 978-84-92531-62-2
ISBN digital: 978-84-92531-63-9
Depósito legal: SE-7257-2011

Impreso en España / Printed in Spain

Este libro está impreso en papel ecológico.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño y las imágenes de la cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ROBERTO TEJELA

LA CULTIVADORA DE ORQUÍDEAS

Para Ana y Lara, puntales de mi existencia

Mi agradecimiento a Vanessa
por haberme abierto el camino.

A Juan, María Pilar e Isabel
por su tiempo y sugerencias.

Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos grandes,
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.

El Burlador de Sevilla y convidado de piedra.

Jueves 28 de junio

Madrid

Abre los ojos y los mueve de un lado a otro de la oscura habitación sin saber dónde se encuentra, el contacto con las sábanas de lino sobre su cuerpo semidesnudo y el suave aroma de las rosas que hay en la mesilla contribuyen a que pueda ubicarse. Está en el Hotel Ritz de Madrid. Mira la hora en su reloj de pulsera y cuando ve que son las cuatro y media vuelve a cerrar los ojos y se queda dormida enseguida. Mientras sueña como abandona a un niño en el banco de un parque, la despierta un sonido que tarda unos segundos en identificar como el del teléfono, busca el auricular a tientas y al llevárselo al oído escucha una voz femenina, algo metalizada, que le da los buenos días y le dice que son las siete de la mañana. Cuelga, enciende la luz y durante unos segundos se queda mirando el rostro que refleja el espejo que está en la pared de enfrente. Es el de una mujer de cuarenta años, castigada por la vida, pero que aún conserva parte de la belleza que ha causado admiración. Se levanta, se dirige al cuarto de baño y se da una larga ducha disfrutando de lo que, hasta ese momento, se le ha negado. Se viste con los pantalones, la camiseta y las manoletinas que ha comprado el día anterior en Prada y llama a la conserjería para que vayan a buscar la maleta. Después coge el bolso en el que lleva el millón y medio de euros, se lo cuelga del hombro y sale de la habitación.

Un taxi la lleva a la Estación de Atocha. Busca el tren con destino a Granada, se sube, ocupa su asiento y, mientras observa el ajetreo del andén, piensa en el sueño interrumpido por el teléfono. Soñar con un niño significa que están por llegar cosas buenas. Pero soñar que se le abandona indica que se corre el riesgo de perder todo lo ganado porque se han cometido errores. Y eso le puede pasar a ella si no enmienda los suyos.

Cuando llega a Granada coge un taxi y le dice al taxista que le lleve al Hotel Palacio de Santa Inés. Una vez allí saca el pasaporte con el que cuarenta y ocho horas antes ha entrado por la frontera de Barajas, procedente de Bogotá, y el mismo con el que se ha registrado en el Hotel Ritz, y se lo da a la recepcionista.

—Doña Victoria Guzmán... —dice la muchacha siguiendo con el dedo índice un listado de ordenador.

Durante cuarenta años ha sido Yerma Ruiz y aún le choca que la llamen por ese nombre.

—Aquí está —dice—, una habitación con vistas a La Alhambra.

A continuación la muchacha fotocopia la hoja del pasaporte en la que están los datos y se lo devuelve dándole la bienvenida.

Una vez en la habitación deja la maleta y el bolso sobre la cama y se acerca a la ventana. Cuando corre las cortinas y ve frente a ella los muros de La Alhambra se estremece de los pies a la cabeza. Durante mucho tiempo ha albergado la esperanza de vivir aquel momento con su padre, pero las circunstancias de la vida se han entretejido de tal manera que no ha podido ser. Esboza una sonrisa melancólica, se aparta de la ventana y deshace el equipaje. Luego saca el millón y medio de euros del bolso, lo guarda en la caja de seguridad y vuelve a acercarse a la ventana dándole vueltas al sueño. No hace ni un mes era una desgraciada que, para poder subsistir, se dedicaba a atracar a los pasajeros que se subían a un taxi y ahora es una mujer rica que ha visto cumplido su mayor anhelo, darle un nieto a su padre, aunque ya no esté para verlo. Pero todo puede arruinarse porque ha cometido el imperdonable

error de dejar vivos a Nuria y Jaime. Esa misma tarde se pondrá a buscar apartamento y en cuanto esté instalada se dedicará a planificar la solución final. Se aparta de la ventana con la mirada puesta en la Alcazaba y se dirige al cuarto de baño, se coloca frente al espejo, se recoge la negra cabellera y se imagina con el pelo corto y mechas. Se da una ducha de agua fría, para intentar aliviarse del sofocante calor, y sale del hotel. Se mete por la calle de la Cuesta de Santa Inés y cuando llega a la del Beso, gira a la izquierda, cuando quiere darse cuenta está en la calle Elvira y siente una punzada de nostalgia en la boca del estómago. Rara era la ocasión en la que su padre, cuando le hablaba de Granada, no nombrara la calle Elvira. La calle en la que, según el poeta, vivían las manolas, las que iban a la Alhambra, las tres y las cuatro solas. Se queda mirando la placa en la que figura el nombre de la calle, como si quisiera llevársela en la memoria, y continúa su camino. Un poco más adelante gira a la derecha y se mete por Calderería Nueva. El olor que sale de las teterías, entremezclado con el de las esencias y las conversaciones en árabe de los comerciantes que atienden los negocios, hacen imaginar a Victoria que camina por uno de esos exóticos zocos que describe Ibn Battûta en: A través del Islam. Entra en la Tetería Alfaguara y pide un cuscús con vegetales, té de hierbabuena y de postre bombas dulces. Después de comer se dirige al centro y entra en la primera agencia inmobiliaria con la que se topa. La chica que le atiende le dice que para alquilar un apartamento necesita un contrato de trabajo y las tres últimas nominas, o en su defecto un aval bancario por seis meses. La muchacha pregunta si es extranjera y Victoria responde afirmativamente.

—Entonces también necesita el NIE.

Victoria no sabe lo que es el NIE y la muchacha le explica que es el Número de Identificación de Extranjeros y que se lo van a pedir para todo: abrir una cuenta bancaria, alquilar un piso o comprar un coche..., y que en Granada se tramita en la calle Faisán. Victoria sale de la agencia dándole vueltas al dichoso NIE

y donde podría conseguir uno que no fuera en la calle Faisán. De la agencia inmobiliaria se dirige al El Corte Inglés y compra un ordenador portátil Apple y un teléfono móvil con tarjeta de prepago. Al ir a pagar el teléfono la dependienta le advierte que antes de noviembre tiene que pasarse por cualquier tienda de su operador para asociar su aparato con su documentación, o de lo contrario cancelaran el número.

Pasadas las once de la noche Victoria sale del hotel y entra en todos los bares de copas, pubs y garitos que encuentra a su paso. Cuando entra en el Pub Latino, flotan en el ambiente las notas de un bolero de Julio Iglesias y una pareja baila acaramelada en el centro de la pista. Recorre el establecimiento con la mirada y se fija en un tipo delgado, con una barba rala y unas rastas que salen por debajo de una gorra multicolor, y que ocupa la mesa más apartada del local. Se sienta a la barra, pide una Coca-Cola y se gira en el taburete, intercambiando una fugaz mirada con el rastafari. Le da un trago a su bebida y cuando se va a levantar entra en el local un muchacho que se dirige apresuradamente hacía él. Espera a que los veinte euros y la papelina cambien de mano y luego se acerca a su mesa. El rastafari le indica con un ademán que se siente y a continuación pregunta qué puede hacer por ella.

—Necesito un NIE —dice Victoria.

—Lo siento, no me dedico a eso —guarda silencio durante unos segundos y agrega—, pero conozco un tipo que quizá pueda ayudarte, ¿si quieres lo llamó?

Victoria dice que sí y el rastafari hace la llamada. Cuando cuelga la dice que el tipo está en Kapital, una disco muy cerca de allí, y que puede ir a verle. Victoria le da las gracias y el rastafari agrega que el tipo es colombiano y que se llama Byron.

Victoria entra en Kapital, recorre el establecimiento con la mirada y la detiene en un tipo delgado, con el cabello crespo y de rasgos indígenas, que está sentado a una mesa. Se fija que sobre su camiseta de futbol americano, varias tallas más grande, destaca una gruesa cadena chapada en oro y ya, sin dudarlo, se acerca a él.

—¿Byron?

—El mismo. ¿Salimos fuera?

De camino a la puerta Byron pregunta si es colombiana.

—Sí. ¿Y usted?

—De Cali.

Una vez en la calle Byron pregunta qué necesita y ella responde que un NIE.

—Eso le va a costar mil euros, hermana. Quinientos por adelantado y los otros quinientos cuando se lo entregue. Pero el NIE solo es un documento fiscal que en realidad no le vale para nada. —Victoria se queda mirándole—. Por dos mil euros más le consigo una tarjeta de residente comunitaria portuguesa con su correspondiente NIE y un carné de conducir.

—De acuerdo —responde Victoria sin apenas pensarlo.

—Necesito dos fotografías.

—No tengo.

—Aquí cerca hay un fotomatón.

Victoria se hace las fotografías y mientras se las da, Byron dice que necesita la plata. De camino al hotel el colombiano aclara que él vive en Almuñécar y que tendrá que ir allí por los papeles.

—No importa, así conozco mundo —responde ella.

Victoria sube a la habitación, saca de la caja de seguridad tres billetes de quinientos euros y se los baja.

—¿Para cuándo? —pregunta al tiempo que se los entrega.

—Llámeme pasado mañana —y le da un papelito con su número.

—Entonces hasta pasado mañana.

Viernes 29 de junio

Madrid

Olga y Diego llegan a las siete y cuarto de la mañana al Aeropuerto de Barajas, procedentes de Nueva York. Cogen un taxi y media hora más tarde se bajan frente al portal de su casa, en la calle Menéndez Pelayo. Después de ducharse y tomarse un café bien cargado se les va la galbana y deciden ir a las tiendas.

Diego deja a Olga en la puerta de la galería de arte y él se dirige a la calle Conde de Aranda, aparca y se encamina a la tienda. Adela, la encargada, lo recibe con dos sonoros besos y pregunta qué tal les había ido.

—Bien, cansados, pero bien. ¿Alguna novedad desde anteayer?

—Sí, he vendido el arcón.

—¿Cuál el alemán?

—Sí.

—Bien —responde Diego camino de su despacho.

Antes de entrar se detiene en el umbral y lo recorre con la mirada para tomar conciencia de que, en unos instantes, va a retomar la rutina que tanto ha echado de menos. Se sienta a su mesa, enciende el ordenador y mientras se carga llama al móvil de Nuria, salta el buzón de voz, llama a Lambda y pregunta por ella.

—Sigue en Colombia —responde Julia, la encargada del restaurante.

—¿Desde cuándo no sabes nada?

—Pues desde que se fue a llevarle el dinero a la abogada que estaba negociando el secuestro, de eso hace tres días. La verdad estoy preocupada, la jefa nunca ha dejado de llamar todos los días cuando está fuera.

—Si sabes algo me llamas.

—Descuida.

Cuelga y se pone a revisar los papeles que se han acumulado en su mesa desde que, el veinticuatro de mayo, se fue a Los Ángeles para encontrarse con Olga, de visita en casa de su hijo. Sin embargo, su mente está dándole vueltas a que tres días en Colombia sin dar señales de vida, especialmente si hay un secuestro por medio, es como para que suenen las alarmas. Procura concentrarse en lo que está haciendo y cuando termina llama a Olga y queda con ella a la una en la puerta de la galería. Después se levanta, se acerca al secreter Luis XVI, lo revisa centímetro a centímetro y al no encontrar nada que no tenga que estar ahí, le dice a Adela que averigüe cuánto cuesta mandarlo a Nueva York.

Diego sale de la tienda a la una menos veinte y cuando llega a la galería, Olga ya está esperando en la puerta. Se acerca al coche renqueando y cuando sube, Diego dice que tenía que haberse quedado en casa, luego pregunta que le apetece comer y ella responde que cocido. De camino a Lhardy, Olga dice que Lola Carvalho está conforme con el convenio que ha redactado el abogado. Desde que Olga y Lola Carvalho, una galerista portuguesa, se conocieron en la última edición de Arco, habían estado planeando una asociación que, a la vista de lo que dice Olga, se ha materializado. Diego se alegra mucho por ella, pues sabe el empeño que ha puesto en el proyecto, y pregunta si va a ir a Lisboa.

—No. Tengo mucho trabajo aquí. Lo que si le he dicho es que voy a hacer la Feria de Arte de Lisboa con ella.

—¿Cuándo es?

—En septiembre.

Después de comer Diego lleva a Olga a casa y él se va para la tienda. Sobre su mesa hay una nota que dice lo que cuesta enviar el secreter a Nueva York; si saca los veintidós mil euros que tiene pensados, merecerá la pena. Se sienta frente al ordenador y escribe un correo al anticuario del Centro de Arte y Antigüedades de Manhattan, ofreciéndole el secreter del que le habló, le dice que se lo puede dejar en veintidós mil euros, adjunta la fotografía y pincha en enviar. En ese momento suena su móvil y ve que es Jairo, le extraña porque en Colombia aún es temprano y se apresura a contestar.

—¿Pasa algo que me llamas a estas horas? —pregunta Diego a modo de saludo.

—Han aparecido Nuria y Jaime —responde el abogado.

—¡Por fin...! ¿Dónde?

—En una casa en Suba. Ahora estoy con ellos en la estación de policía, pero nos vamos para el DAS.

—¿Qué tal están?

—Ellos bien...

—¿Qué quieres decir?

—En la casa en la que estaban ha aparecido el cadáver de Sabas —responde con un nudo en la garganta.

—¿Sabas? Tu investigador...

—Sí, hermano.

—Lo siento, sé lo mucho que lo apreciabas.

—Gracias.

—¿Los vas a representar?

—Sí, pero solo hasta sacarlos de esta —hace una pausa y agrega—. Nos vamos para el DAS, en cuanto sepa algo nuevo le telefoneo.

Nada más colgar Diego llama a Julia para decirle que Nuria y Jaime han aparecido sanos y salvos.

—¡Gracias a Dios! —dice la encargada del Lambda—. Tenía el corazón en un puño.

Después llama a Olga para decírselo.

Diego llega a casa a las ocho, y se encuentra a Olga sentada en la butaca y con el pie derecho sobre el escabel. Le da dos besos en los labios y pregunta si sigue doliéndole.

—Sí —responde pasándose las manos por el tobillo.

—Vas a tener que operarte —dice él, al tiempo que se sienta frente a ella, a sabiendas de lo espinoso del tema.

—Hasta que no me lo aseguren al cien por cien no me opero. Además, ¿cuántas veces lo hemos hablado ya, cansón?

—Todo lo cansón que quieras pero llevas dieciocho años así y vas a peor.

—Dieciocho años ya... —dice ella.

—Sí, dieciocho años desde que te pregunté en el avión si te dolía...

—Eso es lo de menos —había respondido Olga apartando la mirada de la ventanilla del Boeing 747 de Avianca y dirigiéndola hacia él.

—¿Pero te duele? —insistió.

—Sí.

Diego se agachó y levantó la pernera: tenía el tobillo como una bota y el color rojo estaba dando paso al carmesí. Aun así llevaba razón cuando decía que eso era lo de menos.

Quince días antes Diego había llegado a Bogotá para asistir a la boda de Jairo con una cosa en la cabeza; encontrar a Olga, de la que no sabía nada desde que él se había ido de Colombia hacía cinco años. Tras comenzar a buscarla por el sitio más fácil, su casa, y no encontrarla, recurrió a una conocida que le dijo que estaba en la cárcel del Buen Pastor. A través de Jairo se enteró de que estaba condenada a treinta años por matar a un policía y tenencia ilícita de armas y se dijo que con esa condena ya podía olvidarse de ella; no obstante, pidió a su amigo que tramitara una autorización para poder visitarla. Dos días más tarde, mientras el abogado le daba la autorización, le preguntó qué esperaba de la visita, y Diego respondió que desmitificar la relación y poder rehacer su